

EVOLUCIÓN DE LA ESTÉTICA

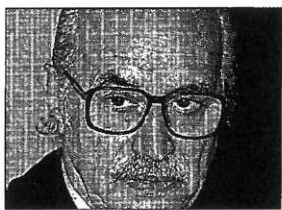
Cambia la manera de estar el hombre en el mundo y se suceden las civilizaciones. Factores y frutos de esos cambios materiales, la técnica y la ciencia progresan en el dominio y uso de las fuentes de energía. Cambia el modo de comprender esos cambios y las culturas establecen, con religiones y artes contemplativas, los interrogantes y respuestas de la humanidad a los misterios de la vida. Por ser fundadoras de los modos de ser en el mundo, la teología y la estética nacieron juntas y evolucionaron de forma paralela. El conocimiento de este paralelismo cultural puede alumbra el sentido estético del arte futuro que sustituirá al de ahora.

A la teología natural, la de los dioses griegos, correspondió el dominio estético de la belleza natural, la del cosmos, y su imitación estética por el arte arquitectónico y escultórico de los hombres. A la teología revelada, la de los Libros Santos y la del «Corpus hermeticum», respondió el Renacimiento con la estética de la belleza revelada en las creaciones artísticas de los grandes genios. A la teología sin Dios, la teología negativa y radical derivada del anuncio de la muerte de Dios, correspondió con exactitud la estética sin belleza de la modernidad, la belleza negativa del arte contemporáneo. Falta por saber si a la teología de la liberación, que sucedió a la negativa, responderá una estética de liberación de la belleza de su cautiverio actual.

La teología no es conocimiento de Dios, algo inefable, indefinible e indescriptible, sino un saber decir de la divinidad en el discurso de la lengua o en la vivencia de la emoción mística. La estética tampoco es el conocimiento de la belleza, una idea universal tan inefable como la de Dios, sino un saber decir de lo bello inscrito en el libro de la naturaleza o en la vivencia de la emoción artística. Nada se asemeja tanto a la esencia de la divinidad, manifestada en la creación de lo bello por naturaleza, como la esencia de la belleza expresada en las creaciones del arte genial.

Dios y Belleza dejan de ser inefables cuando son representación de valores. El anuncio de la muerte de Dios no era noticia de un acontecimiento referente a su existencia. Su muerte mundana se confundió con el asesinato continuo de la esencia ética de lo divino, como al mismo tiempo se asesinaba la esencia estética de lo bello. El ateísmo y el gran arte, fundados en la Naturaleza, eran inocentes del crimen deicida que instaló el nihilismo en lo humano, no como imposibilidad de saber algo del mundo, sino como negación de la ética y la estética.

La transición del iluso XIX al terrorífico XX la anunciaron, con la muerte de Dios y la Belleza, dos genios intuitivos de una modernidad que se avecinaba galopando hacia la deshumanización de la vida y del arte. La teología radical y negativa de «Así hablaba Zaratustra» demandaba la estética radical y negativa de «Las señoritas de Aviñón». Quien no vea esta simbiosis,



entre nihilismo ético y cubismo estético, no comprenderá la universalidad de la tragedia vivida con la geometría cúbica del estado totalitario y el sometimiento del arte a la voluntad de potencia mundana.

Nietzsche representó para la teología negativa de Dios lo que Picasso para la estética afirmativa de la Nada. Éste desfiguró la representación plástica de rostros y cuerpos humanos para esconder todo asomo de humanismo en un mundo sin belleza. Aquél puso en la voluntad de poder de los superhombres la impiedad inhumana de un mundo sin Dios.

Las ideologías totalizadoras agotaron en guerras, holocaustos y campos de exterminio su caudal destructivo de toda forma de humanidad, pero el arte que las precedió y acompañó, salvo el del idiota realismo socialista, sigue destruyendo, con abstracciones del vacío y experimentos de materiales, la posibilidad de un clima cultural donde renazca el gran arte de la belleza.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

SÁTRAPA

Disculpenme por mi recalcitrante manera de ver las cosas en este siglo XXI de tanta tecnología, donde los viejos sueños de justicia e igualdad han sido convenientemente reciclados en el vertedero por una multinacional que los explota con muy hábil marketing y sustanciosos beneficios. Perdónenme pero a mí lo del sátrapa Fahd en Marbella me produce un asco infinito. Me parece un insulto a la humanidad y un crimen contra los miles de millones de seres hambrientos. Soy un antiguo. Pero esa ostentación, ese absoluto despilfarro y ese presuntuoso transitar de la inmensa corte de parientes me produce náuseas. Y el incienso con que se les recibe por doquier, esos elogios y halagos desmedidos, esa vil manera de arrastrarse ante ellos me lleva al umbral del vómito. Se llenan muchos la boca y la pluma

con las cifras de la infamia, con los signos externos de la corrupción del oro y apenas nadie señala lo que hay detrás. Una dictadura terrible, una sátrapía feudal y medieval que no respeta los derechos humanos, que alimenta en su seno al fanatismo terrorista del peor de los integristas islámicos, que ha amparado y alentado a los siniestros talibanes y a los secuaces de Ben Laden, que entre sus últimas hazañas cuenta el hacer quemarse vivas a unas adolescentes cuyo colegio se incendió y a las que la policía «moral» impidió salir del edificio porque no iban decorosas. No llevaban velo.

Antonio PÉREZ HENARES



SEXO Y ÉTICA

Uno de los muchos aspectos en que, bajo la retórica exaltadora de nuestro mundo «democrático», se revela su depravación es el referente a la sexualidad. Y es también uno de los que más requieren una reflexión innovadora y crítica que determine una madura moral sexual. La reacción ante la represión tradicional y su descomposición en nuestra sociedad está conduciendo, en efecto, con frecuencia, a una falsa liberación en que la idea de una ética sexual se pierde. En algunos momentos esta pérdida de toda ética alcanza términos escandalosos. Así, estos últimos días nos han asaltado las noticias referentes a redes internacionales de padres pederastas que usan a sus propios hijos para difundir en internet imágenes obscenas. Y en anteriores meses las primeras páginas de la prensa estadounidense estaban dedicadas a las informaciones sobre la pederastia practicada por sacerdotes católicos. Pero otros aspectos repudiados de la actividad sexual, muy lejos de escandalizar, son asumidos como algo normal. En tales términos, mi anterior artículo se refería al error que supone



la legalización de la prostitución, inmenso negocio y salvaje explotación, falsamente presentada como un avance progresista.

La pulsión sexual en la compleja síntesis de biología y cultura propia de nuestra especie es una realidad tan po-

derosa como susceptibles de múltiples desarrollos. La realización sexual de los seres humanos representa una clave fundamental de su felicidad y establece las condiciones en que pueda cumplirse significa un momento decisivo de nuestro desarrollo social. Históricamente la relación entre sexo y reproducción ha perturbado en dos grandes corrientes la comprensión de esta pulsión y su autonomía, su entidad propia, como un aspecto fundamental de la vida humana. En la larga tradición patriarcal borrando la sexualidad propia de la mujer para reducirla a mera máquina reproductora y objeto pasivo del placer masculino. En la moral católica tradicional encerrando la licitud del ejercicio sexual en las condiciones adecuadas para la reproducción. Podemos considerar que dichas represiones han sido, o están siendo, superadas en las sociedades desarrolladas a consecuencia de su maduración científica, política y social. Pero ello no significa abrir las compuertas a un torrente de sexualidad carente de exigencias éticas. Hoy día sobre el ejercicio de la sexualidad se proyectan tres grandes taras de nuestra sociedad, degradando dicho ejercicio. Tales son, básicamente, el mercantilismo y las relaciones de dominio, sean de sexo, de clase o de raza, mas a ellas podríamos añadir el hedonismo irracional y biológico, la instintividad, apropiada por la deshumanización de nuestra sociedad, muy distinta –no confundamos– del epicureísmo o control inteligente del placer. Cuando se habla de liberación o de libertad sexual no puede olvidarse que ésta resulta incompatible con cualquier relación marcada por tales lacras. La sexualidad puede establecerse entre personas del mismo o del otro sexo, con arreglo a las tendencias individuales, puede recorrer los caminos imaginativos y caprichosos más diversos, pero para alcanzar una dignidad humana ha de asentarse sobre la madurez para decidir, la libertad y el consentimiento entendido como mutua entrega.

La sociedad de mercado arrasando los valores personales, ha convertido a los seres humanos, especialmente mujeres y niños o niñas, en mercancía «globalizada». Es el siniestro tráfico que alcanza, según recientes datos, el valor de doce mil millones de euros, solamente en nuestro país. Gran negocio criminal de mafias y de proxenetas, una figura delictiva que lamentablemente ha desaparecido de nuestro nuevo Código Penal «democrático». Al mismo tiempo florece el «turismo sexual» que divisa los países del Tercer Mundo como colonias de explotación sexual. Y cotidianamente nos llegan las noticias referentes al acoso sexual que los poderosos ejercen sobre quienes dependen de ellos. Terrible panorama, muy coherente con una sociedad que asienta la riqueza, el placer y la competitividad como valores máximos de la vida humana. Una sociedad que es preciso combatir para que los seres humanos alcancen su auténtica dignidad, igualdad y libertad.

Carlos PARÍS

